



www.loqueleo.com/es

© 2006, María Isabel Molina

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-220-0

Depósito legal: M-40.149-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: octubre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Colón, tras la ruta de poniente

María Isabel Molina

Ilustración de cubierta de Carlos Cubeiro

loqueleg

Yo que esto escribo

Yo, que esto escribo por orden de don Américo Ves-
pucio, muy Ilustre Piloto Mayor de la Casa de Con-
tratación de Sevilla, fui bautizado en el año del
Señor de 1475, a los pocos días de mi nacimiento,
con el nombre de Andrés, hijo primero de don Jo-
hann Haraldsen, navegante de fama en su lejano
país del Norte y primer piloto de la armada al ser-
vicio del rey de Portugal, y de doña Antonia de Pe-
restrello, de la muy noble familia de don Bartolomé
de Perestrello, el que fuera gobernador en la isla de
Porto Santo.

Mi padre había llegado a Portugal desde su le-
jana isla de Thule, la que llamaban tierra del hielo
y del fuego por sus nieves y sus volcanes. Era ru-
bio y más alto que la mayoría de los hombres de
su tierra, así que entre los hombres de Portugal
resultaba un gigante. Le recuerdo en las noches de

invierno, sentado al lado de la lumbre, ensartando historias de antiguos navegantes y aventuras increíbles en los mares lejanos. Yo le escuchaba ansioso, con los ojos y la boca abiertos, como si necesitase absorber sus historias.

6 —Mi pueblo, que es también el tuyo, Andrés —me decía—, es un pueblo de hombres del mar, de viajeros valientes que recorrieron todos los mares y ríos conocidos. Muy pronto utilizamos la brújula, la aguja que siempre señala el Norte. Y también conocimos, de los árabes, el aparato que nos señala la latitud.

Subía a la alcoba y volvía con una bolsa de cuero muy gastada y sacaba una vieja brújula, muy simple, pero que todavía funcionaba, y un extraño artilugio hecho por dos maderas y una cuerda llena de nudos.

—Estos nudos son importantes, Andrés. Con ellos se puede llegar a una tierra nueva, más allá del Finisterre..., y volver después. Otros hombres han ido, pero no han sabido regresar. La mar no tiene caminos en los que dejar huellas, y los hombres necesitan de la experiencia y de la sabiduría de los que hicieron la ruta antes que ellos.

Me llevaba a la puerta y salíamos al campo oscuro y helado de las afueras de Lisboa.

—Dime dónde está la estrella polar.

Tiritando por el frío, le señalaba la estrella.

—¿Y la Osa Mayor?

Sacaba su extraño artilugio y colocaba las maderas.

—Coge esta pieza de madera y alinéala con la estrella polar. Y esta otra madera debe señalar el horizonte. Lleva la cuerda hasta tu oreja. ¿Ves? Si ahora haces un nudo, siempre que en el mar tuvieras esa alineación entre la polar y el horizonte, estarías en el lugar en que hiciste el nudo. En Lisboa.

Volvía a guardar sus aparatos junto con los antiguos mapas que conservaba en la bolsa y entrábamos en casa.

—El niño se enfriará —censuraba mi madre.

—¡Si está muy abrigado! En Lisboa no hace frío. En mi tierra nieva a lo largo de todo el invierno y las noches son mucho más largas que en Portugal. En Navidades, apenas hay algo de luz en el mediodía; la noche se alarga en un amanecer que se une al crepúsculo. Y los niños caminan por el hielo.

—¡Eso será en tu tierra! —respondía mi madre—. En mi tierra, que es esta, en el invierno, los niños se van a la cama bien abrigados en lugar de salir a buscar estrellas.

Mi padre soltaba una breve risa y recogía su bolsa.

8 —Cuando cumplas doce años, Andrés, te enseñaré a usar los instrumentos. Y también te enseñaré la ruta que siguieron otros navegantes de mi país, para llegar a una tierra que llamaron Groenland.

Nunca pudo cumplir su palabra. Mi padre murió en un ataque de los indígenas en uno de los viajes de exploración de la lejana costa de Guinea, por orden de don Juan II, rey de Portugal.

Un oficial de la Corte trajo a mi madre la gastada bolsa de mi padre.

Mi madre le recibió con solemnidad en la sala, me mandó llamar y de pie, al lado de su silla de madera tallada, escuché al hombre que venía de parte del rey.

—Vuestro esposo fue un hombre valiente y un leal servidor, señora. El rey velará por vos y por vuestro hijo.

Mi madre se enderezó en su asiento. Tenía el rostro muy pálido y sus ojos oscuros parecían arder.

—¿Y esto es todo? Soy de familia de navegantes, señor, y conozco los riesgos del mar. Pero las mujeres de los marinos estamos muy cansadas de que lo que nos devuelvan de nuestros maridos sea una bolsa vieja. ¡Ni siquiera tendré una tumba para llevar unas flores! No sé cuánta necesidad tenía nuestro señor el rey de enviar hombres a las islas de Guinea, pero mi hijo necesitaba un padre y yo, un esposo al que amaba.

El oficial del rey, un hombre elegante vestido de terciopelo y con una gruesa cadena de oro sobre el jubón, pareció encogerse.

—Comprendo vuestro dolor, señora, pero tengo que deciros que habláis como una mujer que no entiende de las razones de los hombres.

Mi madre se levantó.

—Soy una mujer, en efecto, señor. Pero no soy tonta. ¿Me podéis jurar que solo la maldad de los indígenas acabó con la vida de mi marido?

—Señora... —tartamudeó el hombre.

—Dejadlo, señor. No hacen falta más explicaciones.

Tomó la vieja bolsa de las manos del mensajero y me la entregó con solemnidad.

—Toma, Andrés. Este es el mejor recuerdo de tu padre.

Se volvió con solemnidad al mensajero.

—Transmitid al rey mi gratitud y la de mi hijo. Dios os guarde, señor.

10

Apenas pasaron los días del duelo de mi padre, mi madre guardó en un viejo cofre todas las ropas y escritos y documentos de mi padre. Lo cerró y puso la llave en una cadena que colgaba de su cuello junto con una medalla. La bolsa fue mía y desde entonces la guardé en mi habitación con los antiguos mapas y los instrumentos de navegación de mi padre. No pudo enseñarme a usarlos al cumplir los doce años; tuve que aprender solo.

A pesar de la muerte de mi padre, toda la familia esperó siempre que yo, su único hijo, siguiese sus pasos y su oficio y, por tanto, tras aprender a leer y escribir, las reglas matemáticas y algo de retórica y latín, y después de estar muchas veces castigado por escaparme al puerto a escuchar las historias de los marineros que desembarcaban de

las naves que volvían cargadas de oro y marfil de las tierras en que había muerto mi padre, y una vez que pude entender y dibujar los mapas, el uso de los instrumentos para navegar y el nombre de las estrellas, a los quince años me admitieron como aprendiz en Sagres, en la escuela que había fundado don Enrique el Navegante.

En aquellos días, yo era un muchacho demasiado alto para mi edad, de más estatura ya que muchos hombres adultos, con los cabellos amarillos y lacios que tenía mi padre y la cara alargada y los ojos del color de las nubes de tormenta de los hombres del Norte. Me parecía tanto a Johann Haraldsen que las gentes que le habían conocido se turbaban al verme y titubeaban al hablar, como si hubiesen visto un fantasma.

Tal vez por eso no me extrañó la reacción de un hombre vestido de terciopelo y con una cadena de plata al cuello que, acompañado de uno de los pilotos que revisaban nuestro trabajo, se detuvo ante el pupitre donde yo rotulaba en un mapa de África los nuevos pueblos fundados por los navegantes portugueses.

—¿Eres el hijo de Haraldsen?

Levanté la cabeza de mi trabajo y contemplé su cara por encima del brillo de la cadena de plata; estaba muy pálido, le temblaban los labios, casi ocultos por un bigote negro que le tapaba casi completamente la boca, y tenía unos ojos como dos botones brillantes. Me puse en pie y respondí con cortesía.

—Sí, señor.

12 Brillaron los dientes a través del bigote y me imaginé que sonreía.

—Soy don Joao de Silva. Fui un buen amigo de tu padre. Hicimos juntos la ruta del Río de Oro. Es para mí una gran alegría conocer a su hijo.

—Señaló mi mesa—. Y es una alegría mayor comprobar que sigue los pasos de su padre y será un experto en las rutas del mar.

—Es un buen cartógrafo —alabó el piloto—; tiene el sentido de las tierras y de las proporciones. Se ocupa de los mapas del mar océano.

—Es mucha responsabilidad para un muchacho tan joven —comentó don Joao, alargando el cuello para mirar mi trabajo.

—Si su trabajo no fuese secreto, según las órdenes del rey, os mostraría alguno de los portulanos que ejecuta —dijo el piloto.

—¿Portulanos?

—Son las nuevas cartas de navegación, don Joao. Las antiguas ya no sirven; ahora es preciso relacionar los puertos y los rumbos con mayor fidelidad. Nuestros marinos se aventuran más allá de todas las tierras conocidas.

El hombre moreno parecía disgustado.

—El padre de este muchacho y yo mismo hemos viajado las rutas del océano, en la costa de África, y hemos conseguido buena carga para el reino; y eso sin tener instrumentos de ayuda tan buenos como los que me decís que utilizan los navegantes de ahora. Me gustaría ver algún mapa de las tierras en las que yo he navegado. Podría corregir alguna falta de exactitud.

El piloto separó a don Joao de mi mesa.

—Estoy seguro de que podréis conseguir una autorización del piloto mayor, don Joao. Sin ese permiso, no puedo hacer una excepción con vos, por mucho que lo lamente; estoy seguro de que lo comprendéis; es mi deber, señor.

Don Joao no puso reparo y los vi alejarse camino de otras salas; me quedé vagamente inquieto. Era verdad que los portulanos y las otras cartas de

navegación eran documentos confidenciales, que se entregaban con la autorización para los viajes. Las nuevas tierras ya daban oro, buenas maderas y marfil y eran el camino para la ruta de las especias, y el reino de Portugal no quería divulgar los rumbos que tanto esfuerzo y tantas vidas de buenos navegantes, como fue mi padre, habían costado, pero nuestro piloto no solía ser tan estricto con las visitas. Siempre les podía mostrar algún mapa más conocido.

Sonó la campana que avisaba de la hora de la comida de mediodía y limpié mis pinceles y recogí mi plano. Lo contemplé un momento, satisfecho de mi trabajo. Las nuevas cartas que llamaban portulanos señalaban los rumbos y los puertos y no tanto el interior de las tierras. Eran cartas para los marinos, preparadas de forma especial para los hombres que se aventuraban por mares que todavía desconocían. En el centro de Sagres se recogían todas las informaciones de los hombres que buscaban la ruta de las especias. Mi mapa casi estaba terminado; se recortaban nítidamente los perfiles de las costas y los colores, en tonos rosa y siena, armonizaban bien. En la parte inferior estaba

dibujada la rosa de los vientos para indicar la orientación y en las esquinas, unas cabezas de angelotes, los que llamábamos soplones, enviaban los vientos necesarios para las naves. Solo quedaba rotular los nombres de unos puertos en la costa africana y aquella tarde lo podría entregar para su archivo. Lo enrollé y lo guardé en la caja de madera que estaba en un ángulo de la sala. La orden era dejar los pupitres limpios y recogidos cada vez que se abandonaba el trabajo, aunque fuese por poco tiempo.

La comida de mediodía era muy breve: pan, queso, algo de cecina o embutido. Cuando hacía buen tiempo, los aprendices salíamos al patio para comer al aire libre. En el invierno nos reuníamos en el comedor o buscábamos el calor de la cocina.

—¿Habéis visto a un tal don Joao de Silva?
—pregunté a los compañeros.

—Ha recorrido todas las salas de trabajo —me contestó otro de los aprendices, un muchacho casi recién llegado, que se ocupaba de los mapas del Mediterráneo.

En un rincón del patio, Batista soltó un reniego; era un hombre mayor con el pelo blanco y

un ojo cerrado, un viejo marinero apartado del mar por la edad y los achaques. Se ocupaba de moler las tintas y preparar los pergaminos para los mapas más importantes. Solía comer en nuestra misma habitación, aunque algo separado de nosotros. Levantó la voz para comentar:

—Es un mal hombre, muchachos. Apartaos de él.

—Dice que fue amigo y compañero de mi padre —dije.

—¿Amigo de vuestro padre? No sabéis lo que decís, Andrés Perestrello Haraldsen. Tu padre era un hombre bueno que nunca navegó con piratas. Si hizo algún viaje con él, seguro que lo traicionó. Yo también lo he visto esta mañana, pero él no me ha reconocido —rio de una forma desagradable—. Parece que ha prosperado y que ahora es un hombre al que se respeta. Os lo repito: apartaos de él.

Ninguno de mis compañeros hizo un comentario. Volvió a sonar la campana que nos convocaba de nuevo al trabajo. Nos fuimos hacia nuestros puestos y yo busqué el portulano en que estaba trabajando. Lo conocía bien. El rollo era un poco más largo que el resto de los planos. No lo encontré.

Alarmado, saqué y revisé los otros planos a medio terminar que habían dejado mis compañeros en la caja. El mío no estaba. Sentí frío en la cara y un nudo en el estómago. Estaba seguro de haberlo dejado en la caja, ¡y no estaba allí!

Repetí mentalmente los gestos un tanto maquinales que había hecho antes de la comida. Había guardado el plano en su lugar, sin duda alguna.

17

Me fui a mi pupitre y miré en la balda de debajo. Naturalmente, no estaba, porque no lo había dejado allí. ¡Estaba seguro de haber colocado el portulano del mar océano en la caja!

Volví de nuevo a mirar. Ya no quedaban mapas. Mis compañeros habían recogido cada uno su tarea.

Me senté; apoyé los codos en la tabla y escondí la cara entre las manos. Tenía que dar cuenta al piloto del extravío, aun a riesgo de que me expulsaran por inepto. Todos mis estudios y trabajos arruinados por un descuido. Pero ¿un descuido? Yo estaba seguro de haber guardado mi mapa en el lugar designado.

No quise pensar más. Con un esfuerzo y una sensación de frío interior me levanté y fui a buscar al piloto.